

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Lapidarium IV



● crónicas ●

Desde hace un par de décadas la producción literaria de Ryszard Kapuściński —en prosa, su poesía es un capítulo aparte— discurre por dos cauces independientes: paralelamente a obras monolíticas —como *El Imperio* o *Ébano*—, a partir de 1990 se han ido publicando en su Polonia natal sucesivas entregas de *Lapidarium* (hasta un total de seis, la última en 2007). Se trata de libros que, de existir tal categoría en las teorías de la literatura, se inscribirían en la corriente que se podría definir como la «poética del fragmento», y cuya publicación hemos empezado por el tomo cuarto, por deseo del autor.

En un inicio —allá por 1982— un Ryszard Kapuściński en paro (a raíz del estado de guerra se había clausurado la revista *Kultura*, de cuya plantilla el autor formaba parte) empezó a tomar notas sueltas y aparentemente inconexas en torno a lo que sucedía a su alrededor, sazonándolas con grandes dosis de reflexión acerca del destino del hombre y el mundo contemporáneos. No tardó en descubrir que el fragmento —en sus palabras: «esa escritura libre y espontánea que salta de un tema a otro como lo hace en cuestión de segundos el pensamiento»— no solo se ajustaba perfectamente a su temperamento de escritor sino que, reunidos en un volumen, aquellos retazos de la realidad vivida y pasada por el tamiz de la reflexión acababan por formar, cual pinceladas impresionistas, un abigarrado y pertinente retrato de nuestra época.

En los *Lapidaria*, concebidos como un *collage* de textos breves (algunos de un par de líneas apenas) cuya lectura se puede empezar, interrumpir y retomar por cualquier página, Kapuściński despliega un amplio abanico de formas y recursos narrativos: desde descripciones de episodios significativos que se le habían quedado en el tintero (un material precioso rescatado de sus experiencias pasadas) hasta

análisis de las «cuestiones palpitantes» del mundo contemporáneo, pasando por citas de autores cuya obra (o una faceta de la misma) le llama la atención, así como por las impresiones —ante un texto, un cuadro, una escultura o, simplemente, una conversación— que estos productos del talento, la sabiduría y el ingenio humanos sugieren a su penetrante mirada.

Índice de contenido

Cubierta

Lapidarium IV

Sobre el autor

Notas

Creo que el fragmento es la forma que mejor refleja esta realidad en movimiento que vivimos y que somos. Más que una semilla, el fragmento es una partícula errante que solo se define frente a otras partículas: no es nada si no es una relación. Un libro, un texto, es un tejido de relaciones.

OCTAVIO PAZ

Los relatos de una vida no constituyen una narración ordenada desde el nacimiento hasta la muerte. Se trata más bien de fragmentos casualmente recogidos.

WILLIAM S. BURROUGHS

Lapidarium es un lugar (plazoleta en una ciudad, atrio en un castillo, patio en un museo) donde se depositan piedras encontradas, restos de estatuas y fragmentos de edificaciones —aquí un trozo de lo que había sido un torso o una mano, ahí un fragmento de cornisa o de columna—, en una palabra, cosas que forman parte de un todo inexistente (ya, todavía, nunca) y con las que no se sabe qué hacer.

¿Quedarán tal vez como testimonio del tiempo pasado, como huellas de búsquedas e intentos humanos, como señales? O quizás en este mundo nuestro, tan enorme, tan inmenso y a la vez cada día más caótico y difícil de abarcar, de ordenar, todo tienda hacia un gran *collage*, hacia un conjunto deshilvanado de fragmentos, es decir, precisamente, hacia un lapidarium.

1988

Hace algún tiempo, Henryk Zatoń me contó lo que le había sucedido en Hungría. Había ido allí enviado por la Radio Polaca, donde trabajaba por aquel entonces. La cosa ocurrió a mediados de los setenta. Sus colegas de la radio húngara lo habían instalado en una casa de reposo en las afueras de Budapest. La casa —un antiguo palacio condal— estaba situada en medio de un espeso bosque, a una veintena escasa de kilómetros de la ciudad. Era espaciosa y estaba vacía. En aquel gran palacio, de muchas habitaciones y corredores largos y oscuros, vivía Zatoń prácticamente solo. Jamás se había topado con otro inquilino, con persona alguna, con la excepción de una mujer mayor, flaca y callada, que siempre aparecía sentada en la penumbra de una recepción apenas iluminada.

Zatoń tenía su habitación, cómoda y espaciosa, en la primera planta. Llenaban sus ventanas las ramas y las hojas de los viejos arces, que crecían allí anchos y frondosos. Cuando no soplaba el viento, reinaba un silencio absoluto, por nada turbado. No se veía que nadie viviese en los alrededores, y la carretera estaba lejos.

Era ya de noche, y Zatoń se disponía a irse a la cama cuando, de repente, sintió en el pecho, junto al corazón, un dolor agudo y asfixiante, tan violento y atroz como si alguien, atacando de pronto desde un escondite, le hubiese clavado un cuchillo entre las costillas. El dolor fue aumentando por momentos; al cabo de un rato lo sintió Zatoń en todo el costado izquierdo. El brazo izquierdo lo tenía dormido, paralizado. Mi sufrimiento era tan atroz, me contaría más tarde, que, en medio de una locura incontenible, empecé a correr alrededor de la mesa, como si quisiera huir

de aquel martirio, sin darme cuenta en aquel momento de que el dolor no procedía de fuera, sino que estaba en mi cuerpo, dentro de mí. Corría de un lado para otro como alguien a quien han rociado con gasolina y le han prendido fuego. Desesperado, intenté apagar aquella cuasillama, pero al agitar los brazos solo conseguí atizarla y avivarla. En realidad, el dolor no se calmaba, me atenazaba cada vez más con su aro candente; tanto, que me asfixiaba, que no podía respirar. Decidí bajar a la recepción en busca de auxilio.

Zatoń es un hombre sumamente modesto, tímido y delicado. Más bien bajo y de movimientos parcos y controlados, intenta que su persona no ocupe demasiado lugar ni llame la atención de los que lo rodean. Es hombre callado. Habla poco, pronuncia algunas palabras, a veces una frase, pero lo dice todo en voz tan baja que apenas se le oye. Es una paradoja que Zatoń trabaje en la radio, pues, como ya he mencionado, la libertad y la fluidez de la expresión no son su fuerte. Cuando graba algún programa conmigo, me invita a sentarme en el estudio delante del micrófono y dice: Pues bien, ahora di algo tú sobre la situación en Oriente Medio.

Y punto. Zatoń se atasca, se sume en el silencio y yo sé que no dirá nada más. Tengo que reunir todas mis fuerzas y hablar solo.

Y, ahora, un Zatoń medio muerto está bajando por la escalera. Cualquiera persona en su misma situación, al notar que se trata de un infarto, gemiría y gritaría en voz en cuello pidiendo auxilio, implorando socorro. Cualquiera otra persona sí, pero no el delicado, humilde y como avergonzado Zatoń, quien después de alcanzar la planta baja, con una mueca de dolor y el gesto preocupado, se coloca delante de la recepcionista y con la mano se señala el corazón. Pero ella se muestra desconfiada, alarmada y nada dispuesta a ayudarlo. Al fin y al cabo ya es noche cerrada y el huésped hace tiempo que debería dormir. De modo que le

dirige una mirada de reprobación cada vez más severa. No consiguen comprenderse: la mujer solo habla húngaro, y él, solo polaco. No quedan sino los gestos. El de Zatoń, la mano puesta sobre el corazón, es inequívoco: en su corazón de pronto ha estallado la llama del deseo, Zatoń necesita una mujer. El tormento que se dibuja en su rostro lo confirma: desea una mujer y ¡tiene que poseerla en el acto! La recepcionista no alberga sombra de duda: se las ve con un macho enardecido, un lascivo maníaco sexual que no quiere o no sabe dominar sus instintos.

Indignada, le amenaza con el dedo.

Pero Zatoń no se da por vencido, no regresa a su habitación. Cada vez más insistente, sigue señalando con el dedo su corazón, el cual, él lo nota, de un momento a otro se resquebrajará y partirá en mil pedazos. La recepcionista se da varios golpecitos en la frente. Lo mira con asco y desprecio. Por añadidura, a lo mejor se le pasa por la cabeza que no es otra sino ella misma ese objeto de deseo, así que también se siente amenazada, tanto más cuanto que en aquel palacio vacío, en medio del bosque, sin un alma en derredor, no puede contar con ayuda de nadie. Con desesperada firmeza, horrorizada y furiosa, se levanta y le señala la puerta: le indica que debe marcharse inmediatamente, a buscar suerte en otra parte.

Y Zatoń, obediente, se marcha. Tambaleándose, enfila un camino que no conoce para adentrarse en un bosque desierto, oscuro y sumido en el silencio. Se detiene, se apoya contra los árboles, respira con dificultad. Cada aliento se convierte en un nuevo espasmo de dolor, cada paso trae un sufrimiento infernal. Gime. Las lágrimas se deslizan por su rostro. En un momento dado, la oscuridad que atraviesa le llena los ojos con una ola espesa: es una negrura pegajosa que lo cubre todo.

Se despertó, no sabe cuándo, en un hospital. Resultó que cuando se había desmayado se hallaba ya cerca de la carretera. De madrugada pasó por allí un camión. El conductor vio en la cuneta el cuerpo de un hombre. También vio que aquel hombre todavía estaba vivo. Lo metió en la cabina y lo llevó al hospital.

Por un sendero, por una pronunciada pendiente, hacia abajo, hacia el río. Luego, en una canoa, a la otra orilla. La canoa, estrecha, un tronco de árbol vaciado, sumergida en el agua hasta los bordes, está llena de gente. Basta con que alguien haga un gesto brusco para que todos caigamos al agua. La corriente es veloz, el ancho río corre y resuena para desaparecer enseguida detrás de un recodo. Toco con la palma de la mano las crestas de las olas. Extraordinario: antes del sitio en que me encuentro, el Níger ya ha recorrido tres mil kilómetros a través del infierno del Sáhara y, sin embargo, el agua sigue siendo fresca. En medio de un calor que aplasta, uno nota su salvadora y refrescante presencia, su corriente vivificante y cristalina. Enfrente de mí, sobre un minúsculo banco, está sentada una mujer con un niño. Ella misma también es una niña todavía. Esbozo una sonrisa en su dirección. No sabe cómo reaccionar. A lo mejor le gustaría corresponderme con otra sonrisa, pero no se atreve: al fin y al cabo se trata de un hombre extraño. Así que se limita a taparse la boca con la punta de su pañuelo de percal y dirigir la mirada hacia la lejanía, hacia la arena de la orilla.

Una vez, en el sur de Tanzania, conocí a un pastor protestante, Karl Hinz. Cerca de Liwale tenía su pequeña iglesia, un barracón para ser exactos, cuyas paredes de madera estaban ya tan corroídas y agujereadas por la carcoma y las hormigas que cada soplo de viento traía al interior una agradable bocanada de aire fresco. El exiguo rebaño del

pastor Hinz, un hombre ya entrado en años, se extinguía por momentos. Lo formaban africanos, soldados rasos alistados en el ejército a la fuerza por los alemanes cuando, antes de la Primera Guerra Mundial, Tanzania era su colonia y se llamaba África Oriental Alemana.

Llegué justo en el momento en que, en el modesto cementerio junto a la iglesia, se celebraba un entierro. Me coloqué a un lado, esperando el fin de la ceremonia. Mientras, el pastor —menudo, encorvado y con su cabeza calva balanceándose— decía algo, puesto en pie sobre un montículo de tierra removida y arenosa. Me acerqué un poco para oírlo.

—Inclinémonos ante Dios, quien nos ha enviado esta muerte —le oí decir dirigiéndose a una veintena escasa de personas allí congregadas, las cuales se apretaban unas contra otras para caber en la sombra de una exigua acacia—. Démosle las gracias por ella, sí, las gracias. Pues la muerte nos libera de nuestras pasiones dañinas, de nuestras risibles ambiciones y de nuestras aspiraciones irreflexivas. ¿Sabéis qué son todos esos deseos que tanto nos enardecen? Pues no son nada, repito: nada. La muerte no solo golpea a aquellos que han traspasado su umbral. Al mismo tiempo, desvela la miseria de los vivos, les recuerda que no son más que polvo. La muerte es grande porque es indulgencia y perdón. Ve nuestros defectos, nuestra corteidad de miras, nuestros pecados, y sin embargo, abre los brazos y nos acoge a todos. Es bondadosa y por eso, a pesar de todas nuestras culpas, nos lleva a su reino, el cual es eterno y solo desea una cosa: ¡que permanezcamos en él!

Paseé la mirada por los hombres. ¿Acaso alguno de ellos había comprendido las palabras del pastor? De pie en torno al hoyo cavado, aparecían callados y apáticos, enjugando una y otra vez sus rostros, viejos y bañados en sudor.

Hace tiempo, frontera significaba lucha y odio. Significaba división entre territorios y división entre personas. El muro de Berlín fue frontera del miedo, pues entrañaba la amenaza del estallido de una guerra.

Hoy, a menudo las comprendemos de manera distinta. En diferentes regiones de Europa y de África, las fronteras son lugares de intercambio, comercio y cooperación, son ese lugar donde la gente no para de transitar entre un lado y otro.

Hoy, la frontera constituye una oportunidad para la paz, incluso durante la guerra. Pude verlo no hace mucho con mis propios ojos, en Liberia. Dos ejércitos de guerreros — en realidad, de niños armados— dejaban las armas en la frontera de su territorio respectivo y pasaban al otro lado para comprarse, entre sí, verduras y Coca-Cola.

Es una paradoja, pero a menudo son los propios guardianes de las fronteras —soldados y aduaneros— los que las eliminan. Lamentablemente, esto engendra corrupción. «¿Quiere usted un visado? Son veinte dólares».

En cierto modo, la noción de territorio ha dejado de asociarse con la de fuerza. Hace tiempo, fuerza y prestigio se medían por la posesión de inmensas superficies de tierra. Hoy a nadie le preocupa tal cosa. Sudán es el país más grande de África y, al mismo tiempo, uno de los más débiles. Hoy la riqueza de un país se mide por el volumen de su intercambio comercial con otros países.

Las personas intentan salir a flote incluso en las situaciones más difíciles. Viven. Abren tiendas. En su intento de llevar

una vida normal, devuelven la razón de ser a aquello que ya había existido hace siglos. De nuevo organizan lo que desde siempre ha sido mercado, regresan a las antiguas rutas de los mercaderes y los viajeros, que pura y simplemente son el camino más corto entre un lugar y otro, y que para atravesarlas, tanto en su tiempo como hoy, no hace falta tecnología alguna. Además, muestran una gran capacidad de disciplina, organización y orden.

Perfecto ejemplo de ello nos brindó lo que pudimos observar en el año 1996, cuando, en el Zaire, gentes de la tribu tutsi obligaron a los refugiados hutus a huir a Ruanda. Recuerdo muy bien la fotografía de un periódico que mostraba una marcha ordenada de decenas de miles de refugiados, ataviados con sus tradicionales trajes multicolores, con cestos sobre las cabezas en los que llevaban todas sus pertenencias. La marcha, sobre el fondo de un horizonte tapado por oscuros nubarrones que amenazaban lluvia, se extendía a lo largo de muchos kilómetros. No la habían convocado autoridades locales ni ninguna de las organizaciones humanitarias. Aquella gente, simplemente, había reunido el valor suficiente para salir al encuentro de su destino, siguiendo en su camino a la patria la misma ruta que varios siglos atrás podrían haber recorrido sus antepasados. Pese a todo, existe un increíble sentido de comunidad, de objetivos comunes, que une a aquellos que hablan una misma lengua, pertenecen a una misma cultura y creen en unas mismas divinidades.

El antropólogo francés Marcel Mauss propone que contemplemos ese tejido unificador de los distintos grupos sociales a través de la «teoría del intercambio». Según él, precisamente ese movimiento continuo de cosas y personas hace que surja un interés mutuo y, tras él, un sentimiento de identidad compartida. Hoy somos testigos del florecimiento de esta teoría en la práctica, y, además, tal cosa no solo se ciñe a lo que ocurre dentro de los límites de un territorio dado, sino también a todo lo que los traspasa.

Hay muchos indicios que apuntan a que la historia puede tomar este rumbo. Cuando se lee la prensa europea de los años treinta del siglo XX, toda la atención se centra casi exclusivamente en la «inminencia de la guerra». Casi nadie tenía dudas de que la guerra mundial pendía de un hilo. Nada semejante encontramos en la prensa de hoy. A pesar de que aquí y allá se producen estallidos de conflictos u odios, el ambiente general se revela propicio a la construcción del mundo basada en la «teoría del intercambio» de Marcel Mauss.

No observo en el mundo de hoy muchos indicios de aquel «choque de civilizaciones» del que habla Samuel Huntington. En todo caso, se trata más bien de un choque dentro de una misma civilización.

En el momento presente de la historia, no parece que una civilización constituya un gran peligro para otra. Por su propia naturaleza, las civilizaciones surgen gracias a una reflexión dirigida hacia el interior, gracias a la adquisición de la capacidad de mirarse a sí mismas.

El islam tiene a sus fundamentalistas, cuyas ideas están en conflicto con las corrientes principales de esta fe. Pero sus acciones van dirigidas contra sus propios gobiernos, sus propias sociedades. Por ejemplo, los fundamentalistas egipcios no luchan contra el catolicismo, sino contra su propio gobierno. Además, el islam está muy diversificado y dividido, empezando, sin ir más lejos, por las diferencias entre los suníes y los chiíes. Los musulmanes de los países árabes difieren de los que habitan en los países africanos, los cuales, a su vez, son muy distintos de los de Malasia. Existen importantes divergencias en sus respectivas maneras de interpretar el Corán.

Cuando hice mis primeros viajes a África, en los años cincuenta y sesenta, la presencia de europeos era muy visible e importante. Hoy ya no lo es tanto. Tampoco existen sus instituciones. África ha vuelto a ser muy africana. Han vuelto la mentalidad y las costumbres de antaño. A veces nos saca de quicio el hecho de que allí nadie tiene sentido del tiempo, que nadie presta atención al reloj. Cuando alguien queda en encontrarse con alguien, aparece a la hora en la que consigue llegar. África es así.

Lo mismo se puede decir de muchas regiones de la antigua URSS, adonde también regresa el pasado. Descubrimos que comer en un McDonald's y beber Coca-Cola, e incluso destruir estatuas de Lenin, realmente no cambia al hombre.

El mundo en que vivimos es un mundo de muchas culturas y religiones. La gente no puede vivir sin raíces. Pero las necesita propias, no ajenas. En unos países la oración será más importante que el trabajo, en otros, por el contrario, se dará un máximo valor al materialismo. Las civilizaciones están abocadas a coexistir unas con otras.

Resulta que el abismo entre ricos y pobres —a mediados de nuestro siglo teníamos la esperanza de que disminuiría— es algo duradero y que va en aumento. Han quedado en agua de borrajas todas aquellas teorías de crecimiento que surgieron en los años cincuenta, teorías que preveían un giro de ciento ochenta grados y que los países en vías de desarrollo alcanzarían al mundo de los ricos.

En nuestro siglo, lo más importante no es la carrera armamentista ni el conflicto entre civilizaciones, sino la enorme desigualdad a escala global. Pero, algo que resulta sorprendente, en contra de los vaticinios marxistas, esta desigualdad no ha provocado una violenta revuelta en los paí-